

Antes de tirar la escalera

Víctor M. Hernández Márquez*



Ludwig Wittgenstein es una figura fascinante en el panorama de la filosofía de la primera mitad del siglo XX. Se hizo de una reputación con una obra de juventud que consideró definitiva,

pero que aseguraba muy pocos podían comprender, incluidos aquellos que él mismo consideraba intelectualmente cercanos. Y ese sentimiento de incompreensión nunca lo abandonó. De allí que solo haya publicado en vida un libro que lleva por título *Tractatus Logico-philosophicus*, dejando un abultado legado póstumo que ha sido y es objeto de innumerables exégesis y polémicas, incluida la obra que dejó casi terminada –las igualmente famosas *Investigaciones filosóficas*– en la cual se aparta visiblemente de las tesis y de la siste-

matización de la primera obra y cuya publicación dio pie casi de inmediato a una interpretación dualista de su filosofía que amenaza con perpetuarse; es decir, la existencia de un primero y un segundo Wittgenstein antitéticos. Desde luego, hay interpretaciones tripartitas, de las cuales la más obvia es aquella que introduce un periodo de transición entre su primera obra y la obra cuasi definitiva, pero póstuma. Sin embargo, hablar de uno, de dos o más W es sólo eso, una forma de hablar, lo cual puede resultar iluminador para describir cambios entre una y otra etapa o escrito, pero tampoco debe movernos a oscurecer o perder de vistas las continuidades en un pensamiento fundamental.

La historia sobre la composición del *Tractatus* cubre un periodo aproximado de cuatro años si se toman los cuadernos de notas que inician en 1914 y se cierra en una fecha posterior a la primera versión según la edición del cuaderno de notas conocido como

Fecha de
recepción:
2022-08-05
Fecha de
aceptación:
2022-08-10



* Docente investigador de la UACJ

Prototractatus (encontrado en Viena en 1965 y publicado en 1971). Estamos entonces ante una obra escrita durante los difíciles años de la gran guerra y, en parte, pero no exclusiva, desde las trincheras mismas del frente oriental. Sin embargo, muchos de los contenidos se fueron fraguando pocos años antes, a partir de su abandono de la carrera de ingeniería aeronáutica que cursaba en el Tecnológico de Manchester y su inmersión en los problemas sobre la fundamentación de las matemáticas. Es, por lo tanto, la obra de un ingeniero más que de un filósofo profesional, como señaló un profesor con un dejo de desdén. En efecto, gran parte del atractivo a la vez que objeto de repulsa es la estructura pseudoaxiomática de este breve tratado lógico-filosófico, el cual consta de siete afirmaciones fundamentales seguidas de sus respectivos corolarios o aclaraciones, con excepción de la última, la cual figura como conclusión. Es pseudoaxiomática por dos razones principales; la primera es obvia, pues no hay una relación deductiva entre las premisas fundamentales. Es decir, de la primera afirmación “El mundo es todo lo que acaece” no se sigue la afirmación “Lo que acaece, el hecho, es la existencia de hechos atómicos” ni de estas se sigue “La figura o imagen de los hechos es el pensamiento” ni de la fórmula general de la proposición se sigue la conclusión, etc. La segunda razón concierne al estatus lógico de esas premisas: no son proposiciones propiamente lógicas ni son proposiciones factuales.

Entonces, se puede cuestionar ¿qué clase de proposiciones son?, ¿son proposiciones kantianas, es decir, proposiciones sintético-*a priori*? De ninguna manera, porque para W sólo existen dos clases de proposiciones, las cuales Leibniz llamaba *verdades de razón* y *verdades de hecho*; es decir, afirmaciones lógicas y matemáticas (tales como $A = B \ \& \ B = C \rightarrow A = C$ o $n + 1 > 0$) y afirmaciones sobre el mundo (tales como “el agua se congela a los cero grados”, etc.). Por lo tanto, las proposiciones del *Tractatus* son pseudoproposiciones o proposiciones sin sentido (*unsinnig*). ¿Pero cómo es esto posible? W ofrece una salida de escape ante semejante perplejidad por medio de una metáfora en la que esas proposiciones sirven como una escalera por cuyo medio se logra una visión adecuada una vez que se ha ido escalando por cada una de ellas hasta llegar a la cima: “Mis proposiciones esclarecen porque quien me entiende las reconoce al final como sin sentido, cuando a través de ellas –sobre ellas– ha salido fuera de ellas (tiene, por así decirlo, que arrojar la escalera después de haber subido por ella). Tiene que superar estas proposiciones; entonces ve correctamente el mundo” (6.54).

Por esa razón la filosofía es para W una actividad, un ejercicio de clarificación conceptual, ajena a toda pretensión teórica. Queda por tanto a juicio del lector si le concede crédito a dicha respuesta, o bien, puede pensar que se trata de una respuesta ingeniosa pero inadmisibles o, simplemente, una

salida en falso, una pura estratagema. Para salir del apuro, algunos exégetas han distinguido entre dos clases de sin sentidos: un tipo de sin sentido benévolo o admisible (al cual pertenecen las proposiciones del *Tractatus*) y el tipo de sin sentido banal o desencaminado (todas las afirmaciones de la filosofía tradicional). Sin embargo, la distinción no es sostenible desde el texto mismo y, por ende, es fácilmente rebatible. En primer lugar, porque W distingue entre expresiones sin sentido (*unsinnig*) y las proposiciones de la lógica, las cuales carecen de sentido (*sinloss*) sin por ello ser sin sentidos. Para comprender mejor esta distinción es necesario tomar en cuenta que el sentido en el *Tractatus* está reservado sólo para aquellas expresiones (proposiciones) que describen o representan hechos o estados de cosas.

En cualquier caso, W estaba convencido sobre la verdad de sus pensamientos y los consideraba intacables y definitivos. ¿Pero qué quería decir con eso?, ¿cómo pueden ser verdaderas sus seudoproposiciones si él mismo había restringido el valor de verdad como predicado exclusivo de las proposiciones factuales (de las afirmaciones sobre hechos)?, ¿al reconocer su valor de verdad sus afirmaciones inmediatamente pierden su sentido o de antemano, es decir, *a priori*, son verdaderas?, ¿eran verdaderas en sentido metafórico? En los años inmediatamente posteriores a la publicación del *Tractatus* muy pocos se había planteado este tipo de pre-

guntas, en gran medida porque la lógica sobre la cual se discurre en esas páginas era del dominio exclusivo de una pequeña comunidad de lógicos y la mayoría de los lectores se detendrían intentando entender esa lógica subyacente. En el prólogo, W reconoce la gran influencia que ejercieron sobre sus pensamientos Glottob Frege y Bertrand Russell quienes eran, nada más ni nada menos, los dos principales representantes de la llamada corriente logicista en filosofía de las matemáticas. Para un número considerable de matemáticos de la época, las matemáticas eran un desarrollo de la lógica, pero para Frege esta era una simple convicción mientras no se hiciera una demostración rigurosa del paso de la lógica a la teoría de números (para él la geometría era, como decía Kant, sintética *a priori*). Además, W había recibido de ambos no sólo el cuerpo principal de sus propios sistemas lógicos, sino también la filosofía de la lógica que le acompaña. Los intérpretes obstinados en resaltar la superioridad intelectual de W sobre el trabajo de Frege y Russell consideran como definitivas y destructoras las críticas que les lanza a ambos en el *Tractatus*, dando cuenta involuntaria de la incomprensión de la naturaleza de esas críticas, las cuales se formulan desde la misma concepción de la lógica; concepción que a partir de Jan van Heijenoort (el guarda espaldas y secretario de Trotsky que se convertiría, después de su periplo mexicano, en un lógico e historiador de la lógica

excepcional) se conoce como concepción *absolutista* o *universalista* de la lógica. Russell, quien sólo por medio de *W* se había percatado del alcance de sus propias ideas sobre la naturaleza de la lógica, se quejaba –con su ironía habitual– de los regaños de *W* a Frege y a él por incurrir en el equívoco de hablar sobre la naturaleza del simbolismo lógico, mientras que su antiguo pupilo se las arreglaba para hacer lo mismo sin despertar el más mínimo autoreproche. Pero *W* pensaba que la clave para superar los problemas consistía en reconocer que una correcta notación lógica solo podía *mostrar* las propiedades del lenguaje y del mundo, pero sería incapaz de expresarlas, pues de nueva cuenta, eso supondría ir más allá de la lógica misma.

¿Pero por qué no era legítimo hablar sobre la naturaleza del simbolismo lógico? La respuesta es sencilla: sólo lo es si se es un absolutista o universalista lógico. Y esto quiere decir que concibe la lógica como la ciencia fundamental sobre la cual descansan todos nuestros conocimientos; de modo que no es posible ir más allá de la lógica, pues intentar tal cosa sería –en palabras de Frege– como “intentar salir de nuestra propia piel”. Dicho de otra manera, la lógica puede fundamentar la aritmética y la geometría, pero no podemos fundamentar la lógica porque esto supondría que hay algo más fundamental que la lógica y tampoco habría motivos para detenerse allí y, por lo tanto, se podría buscar la fun-

damentación de eso que es más básico y así sucesivamente *ad infinitum*. En *Los Principios de la matemática*, Russell llamaba a los principios lógicos los “indefinibles de la matemática”, pero en esa misma obra daba cuenta de malformaciones en la teoría de clases lógicas que conducía a la paradoja que lleva su nombre (la famosa clase de clases que es y a la vez no es una clase de sí misma). Disolver la paradoja se convirtió entonces en el verdadero desafío para la empresa logicista (el físico matemático francés Henri Poincaré, enemigo acérrimo de la causa logicista, se retractaba irónicamente de sus críticas señalando que en realidad la lógica no era vacía, pues ¡producía paradojas!). Frege tras una serie de intentos infructuosos por enmendar el problema se retiró del proyecto con cierta amargura mientras que Russell se hizo de la colaboración de su antiguo mentor en matemáticas, A. N. Whitehead, y juntos emprendieron la difícil tarea de disipar la paradoja y demostrar el poder de su sistema lógico en los tres volúmenes de *Principia mathematica*.

Desde luego, no todos los lógicos de la época pertenecían a esa tribu de universalistas, pero si eran de la opinión de que la matemática era una suerte de expediente lógico y trataban de demostrarlo, más temprano que tarde terminaban convertidos en unos absolutistas lógicos empedernidos. Frege había recorrido su empresa logicista en solitario desde las últimas

décadas del siglo XIX y Russell, quien adoptó y modificó la lógica del matemático Giuseppe Peano, había iniciado prácticamente el mismo recorrido hasta que descubrió el trabajo de Frege. Cuando el joven W leyó *Los Principios* de Russell y se enteró por medio de este libro de la existencia de ese oscuro profesor alemán de la Universidad de Jena que había creado un potente sistema lógico que denominó *conceptografía*, fue directamente a verle para recibir sus lecciones. Pero Frege, como ya se ha mencionado, estaba tan abatido por sus intentos infructuosos por superar la paradoja que le aconsejó estudiar con Russell.

Cuando W llegó a Cambridge, en octubre de 1911, Russell ya había publicado, con la colaboración de A. N. Whitehead, los dos primeros y gruesos volúmenes de *Principia mathematica* (1910, 1911), lo cual lo había llevado a plantearse de nuevo la pregunta fundamental: ¿qué es la lógica? Pero la cuestión no se formulaba en términos amplios, sino en relación con el sistema lógico desarrollado en los *Principia* y con la *conceptografía* de Frege. W se tomó cinco meses en absorber lo esencial del sistema de Russell, plantear cuestiones novedosas y despertar en su profesor la idea de haber encontrado por fin a su brillante sucesor. Es a partir de ese momento cuando inicia la escritura de los pensamientos que más tarde se conocerán como las *Notas sobre lógica* y otros apuntes consignados en cuadernos de notas de los cuales surgen varias de las observaciones que

parecen en el *Tractatus*, a veces con alguna modificación sustancial otras con cambios de naturaleza estilística.

La forma cómo W confeccionó esas notas ilustra a la perfección el modo de proceder de todo su trabajo posterior. Si echamos un vistazo somero a la primera entrada de los *Diarios 1914-1916* nos topamos de inmediato con la observación que reaparece después en el *Tractatus* como 5.473: “La lógica debe hacerse cargo de sí misma”. En clave universalista o absolutista esto significa: no hay un más allá de la lógica y, por ende, los problemas lógicos se resuelven, por decirlo así, en casa. Para un lego o incluso un estudiante de lógica que no advierta la concepción de la lógica que allí se expresa, la observación puede resultar banal y no logre captar su importancia. No es, para empezar, una afirmación, sino un principio que exige plena observancia. Las líneas que le siguen muestran con claridad su condición:

Si las reglas sintácticas resultan, en cualquier caso o circunstancia, asumibles ante las funciones, entonces la entera teoría de los objetos, propiedades, etc., viene a ser superflua. Llama particularmente la atención que ni en los *Grundgesetze* [de Frege] ni en los *Principia mathematica* [de Russell y Whitehead] se hable para nada de esa teoría. Otra vez: porque la lógica debe hacerse cargo de sí misma [...].

El lector actual de los escritos de W con un dominio básico de la lógica simbólica puede entender sin dificultad a qué se refiere cuando habla de las reglas sintácticas en relación con

las funciones, pues sabe que Frege sustituyó la distinción entre sujeto y predicado de la lógica tradicional por la noción de *función proposicional*. Sin embargo, le debe parecer toda una novedad la cuestión universalista que allí se plantea como un precepto. Al darse cuenta de su relevancia puede advertir que una de las tareas principales de W, por no decir *la tarea*, consistió en revisar los sistemas de Frege y Russell-Whitehead a la luz de la estricta observancia de dicho principio, pues asumía que su violación era la fuente de confusiones conceptuales y malformaciones, como la mencionada paradoja de Russell. Y si el lector posee además una cierta perspicacia filosófica podrá inferir que hablar de la llamada *teoría figurativa o pictórica del lenguaje* en el *Tractatus* es una barbaridad, una incompreensión completa sobre la concepción absolutista de la lógica que subyace a lo largo de todo ese breve tratado.

Ahora bien, W no plasmaba sus observaciones en su diario de una vez y para siempre, sino que escribía sus pensamientos en una hoja suelta o en un diario y luego las pulía una y otra vez hasta encontrar la expresión justa, al menos para él, y luego las ordenaba de distinta manera. Por consiguiente, los diarios tal y como se publicaron no son en modo alguno la expresión de un pensamiento espontáneo que trabaja sobre la problemática de una cierta concepción de la lógica, sino el trabajo paciente con miras a una posible publicación.

Durante la guerra mandaba hacer copias de esos cuadernos de notas, y los enviaba a Viena, a Olmütz o a la biblioteca Bodleian en Cambridge, para ponerlos a salvo y para su posible publicación en caso de perder la vida en el campo de batalla.

Dos acontecimientos en relación con G. E. Moore, el eminente filósofo que se doblegó ante W, dan cuenta del cuidado y valor que otorgaba a esos diarios. En abril de 1914 Moore viajó a Noruega para encontrarse con W y consignar los adelantos que este último había hecho; esos apuntes se conocen ahora como las *Notas dictadas a Moore* (y figuran, al igual que las *notas sobre lógica*, como apéndice en la edición de los *Diarios*), y reaparecen en el *Tractatus*, cuando lo hacen, de forma modificadas en extremo, como aclaraciones a la fórmula general de la proposición; eso se debe a que no se trata propiamente de un dictado, sino de las notas de Moore a partir de la exposición de W. Por otra parte, unos de esos escritos (quizá las *Notas sobre lógicas*) fueron sometidos, por medio de Moore a la Universidad de Cambridge para obtener el grado, pero el manuscrito no podía ser aceptado sin antes haber hecho los ajustes pertinentes según la normatividad académica. A W le pareció, con justicia, un trámite burocrático estúpido y arremetió, injustamente, contra Moore y se olvidó por completo del asunto.

Sin duda, W tenía sobradas razones sobre la originalidad de su

trabajo, y tanto Russell como Moore y otros pocos estaban capacitados para apreciar su valor, quizá por ello bien valdría hacer una excepción sobre los requerimientos editoriales usuales; pero Moore no era en ese entonces autoridad administrativa universitaria que pudiera otorgar la dispensa, ¿por qué fue entonces objeto de la furia de su antiguo discípulo? O bien, ¿por qué no seguir las indicaciones y san se acabó? Todos los que le conocieron lo padecieron de una u otra forma, pues sin duda era proclive a comportarse de manera irascible e intolerante y, si no me equivoco, ha sido Norman Malcolm el único que se atrevió a describirle como poseedor de una personalidad autoritaria. Pero quizá la frustración que desató la cólera de W sobre Moore se debió a causa de su formación académica. Como ya he mencionado antes, W era un ingeniero. Había recibido la enseñanza básica hasta los 14 años de manera privada y sin una orientación hacia las humanidades y, por lo tanto, como no estaba en condiciones para ingresar a uno de los prestigiosos *gymnasium*, fue enviado a un Real-Schule (es decir, una suerte de CONALEP, salvando todas las diferencias), en concreto al Instituto Técnico de Linz, en donde por cierto entraría también Adolfo Hitler. Después de allí ingresó a la Escuela Técnica Superior de Charlottenburg, Berlín, en ingeniería mecánica y fue así como pudo ingresar más tarde como estudiante de investigación en Man-

chester; por consiguiente, no es que se sintiera incómodo con el formato usual que supone el uso del aparato crítico, como señalan algunos comentaristas, pues simplemente carecía de esa formación y hasta ese momento no había tenido necesidad de ella en su trabajo con Russell.

En el *Tractatus* había adaptado la numeración decimal empleada en *Principia*, pero en el prólogo se excusa de toda referencia a las fuentes debido a que “no aspira a novedad alguna”, de tal suerte que poco importa si lo que expresa ya ha sido pensado por otros con anterioridad. No es difícil advertir lo perturbadora que resulta esa modestia a la luz de su confianza en haber resuelto en lo esencial todos los problemas filosóficos. Pero si pondera bien, un filósofo de profesión se contenta con plantear problemas y atisbar respuestas provisionales, mientras que un ingeniero ha sido educado para resolverlos.

A menudo los filósofos profesionales buscan influencias ocultas en el *Tractatus* y le atribuyen el conocimiento sistemático de diversas tradiciones de pensamiento que difícilmente pueden documentar más allá de coincidencias superficiales y casuales, pero son incapaces de reconocer la posibilidad de lecturas fragmentarias y sin un propósito preciso como lo puede hacer cualquier persona o alguien con un perfil técnico como W. Por ejemplo, se ha repetido en varias ocasiones el deseo de W por estudiar física con Boltzmann en Viena así como su conocimiento de Schopen-

hauer, pero no se indica la popularidad de Boltzmann a principios del siglo XX ni se cuestionan si W tuvo noticia de la mofa que hacía el físico de la filosofía de Schopenhauer en los escritos populares que –se asegura– W poseía. Sin duda, de Schopenhauer le complacía su odio por la filosofía académica, su pesimismo y su supuesto ascetismo, pero no dejó constancia de lo que pensaba sobre su odio a los judíos, y su sentimiento antirreligioso. Se ha dicho, a modo de excusa, que al igual que otros grandes filósofos, W no fue un lector cuidadoso de textos, pero habría que preguntarse si tenía motivos para hacerlo. De hecho, su práctica docente se apartaba de la enseñanza usual de la filosofía y nunca dedicó un solo de sus cursos a exponer el pensamiento de otros filósofos, pasados o presentes.

Sin embargo, hay una cuestión relevante a la cual se le ha prestado escasa atención en relación con Frege. Cuando W terminó el *Tractatus* mandó hacer copias para Frege y Russell, y tan pronto como dispuso de ellas las envió a sus respectivos destinatarios. Después de su liberación del campo de prisioneros de guerra partió a La Haya para discutir con Russell el contenido de su manuscrito y se tomaron una semana en ello, pero con Frege no tuvo la misma fortuna, pues el viejo lógico declinó la invitación para visitarlo en Viena y tuvo que esperar impacientemente su reacción por correspondencia.

Cuando los comentarios y cuestionamientos de Frege fueron llegando a cuentagotas en la correspondencia,

W sintió una total frustración. Frege no pasó de externar sus dudas sobre los dos primeros escalones de la escalera y la solicitud de explicación lo dejó desconcertado. Sin embargo, resulta extraño que W no haya previsto las objeciones de Frege, las cuales se hallan delineadas en su famoso ensayo “Sobre sentido y referencia” (1892), pues la mal llamada teoría pictórica o figurativa del lenguaje es una suerte de puesta al día de la antigua *teoría de la correspondencia*, cuya formulación más clara se encuentra en la *Metafísica* de Aristóteles. Como ocurre con otras teorías filosóficas, la idea de fondo es ampliamente compartida por la gente ordinaria, pues casi todos admitimos que una afirmación como “hace un calor extremo la tarde de hoy en Ciudad Juárez” es verdadera si efectivamente hace un calor de los mil demonios en nuestra ciudad esta tarde. Dicho de manera general, una proposición es verdadera si lo que afirma *corresponde* con la realidad. Sin embargo, cuando se intenta precisar cómo opera la correspondencia entre el acto lingüístico, la proposición y el hecho, las cosas se complican de manera extraordinaria. Y para un lógico extremadamente exigente –como Frege– la teoría de la correspondencia era inadmisibles, ya que el valor de verdad figura como predicado de la proposición, pero para que sea verdadero eso que se afirma es necesario probar que se da efectivamente la correspondencia entre la proposición y el hecho, pero la corres-

pondencia es una relación, no un predicado y esto basta para sospechar que hay algo defectuoso en esa teoría la verdad. Para Frege, por otra parte, la noción de *verdad* se comporta no como un predicado (ni como una relación), sino en la forma como un nombre apunta a su referente.

Podría pensarse que W resuelve positivamente la cuestión a favor de la teoría de la correspondencia en el *Tractatus*. Sin embargo, la explicación sobre la forma como se da la correspondencia entre la proposición y el hecho viene dada en términos de la versión extrema de la concepción absolutista o universalista, que ni Frege ni Russell estaban en condiciones de llevar tan lejos. De hecho, en eso consiste lo que él mismo denominó su pensamiento fundamental (*Mein Grundgedanke*): “Que la lógica de los hechos no puede representarse” (4.0312).

W lo explica poco más adelante en 4.12 en términos de la distinción entre lo que se puede decir y lo que *sólo* se puede mostrar: “Las proposiciones pueden representar la totalidad de la realidad, pero no pueden representar lo que tienen en común con la realidad para poder representarla; es decir, la forma lógica. Para poder representar la forma lógica, deberíamos situarnos con la proposición fuera de la lógica; es decir, fuera del mundo”.

Para quien no comparte la concepción universalista de la lógica la explicación puede parecer un truco para ahorrarse la tarea de resolver el viejo dilema, pero la cuestión no era tan sen-

cilla como parece a simple vista, pues como dice poco más adelante, “estamos en posesión de una concepción de la lógica correcta sólo si en nuestro lenguaje simbólico todo encaja” (4.1213). Y W creía haber llegado a una notación lógica que superaba los defectos de las notaciones de Frege y Russell, aunque estos últimos no estuvieran particularmente impresionados con las propuestas de su pupilo. No eran los únicos. Frank P. Ramsey, quizá la tercera persona en condiciones de emitir una crítica autorizada en aquella época, escribió una reseña altamente crítica en la revista *Mind* (publicada en 1923, volumen 32, 465-478), en la cual señalaba, entre otras cosas, que en el *Tractatus* había dos definiciones distintas sobre la forma de la representación, y que dado el carácter inefable del modo de representación, volvía el asunto “intrínsecamente imposible de discutir”.

De cualquier forma, W pensó que había dado con la respuesta correcta a todos los dilemas filosóficos conocidos y, acto seguido, abandonó Cambridge en busca de otra ocupación; pero a la vuelta de los años fue reconociendo que los peldaños de la escalera no eran tan firmes como había pensado y que era necesario volver a la filosofía para enmendar la situación. El resultado final fue hasta cierto punto desalentador: no había forma de subir a ningún lado. ❀